

*A la
Sombra
de la
Lengua*

Hilda Rojas Correa

*El verdadero modo de vengarse de un
enemigo es no parecérsele.*

MARCO AURELIO



Prólogo

Santiago de Chile, 1 de septiembre de 1837.

La mirada de Catalina se perdió al leer las letras esculpidas en la ominosa lápida de mármol. No supo cuánto tiempo pasó, se quedó ahí hasta que su vista se nubló. Tibias lágrimas bañaron sus mejillas, su cuello, su alma.

Un suspiro, profundo y entrecortado, reverberó tenue en el lustroso mausoleo. La mujer admiró la última morada de los Riquelme, la única ofrenda que podía darle a los suyos. Antes de partir, quiso que todos tuvieran un lugar para que pudieran descansar juntos, pero no en paz. Esa paz se la daría ella cuando cumpliera con la voluntad de Fernando Riquelme, su abuelo materno, el último miembro que le quedaba de su familia y que acababa de abandonar este mundo.

Posó su mano sobre la lápida. Sus lágrimas cayeron al piso, pesadas y dolorosas. Pese a las pérdidas, jamás se había sentido tan huérfana como en ese momento.

Con su herencia erigió el luctuoso monumento en el joven Cementerio General, y vendió lo que le quedaba; una casa y media hectárea de tierra. Nada la ataba a ese país que llevaba casi dos décadas de independencia.

—Abuelo... Le prometo que algún día volveré con el honor de los Riquelme restaurado. Y usted no se avergonzará más de mí. No descansaré hasta que eso ocurra, aunque me tome toda la vida.
—La luz del sol se coló por el vitral del Corazón de Jesús y tiñó las

paredes de rojo. Catalina recordó la promesa pronunciada en el lecho de muerte de Fernando. Empuñó el anillo que pendía de su cadenilla de oro y dijo—: Ante Dios le prometo, que el hombre que me engendró pagará su afrenta con sangre.



Capítulo I

Londres, 2 de septiembre de 1844.

Alec Croft se sentó sobre la cama después de haber batallado media hora con su consciencia. Levantarse o no levantarse, he ahí el dilema.

Lo cierto era que, desde hacía algún tiempo, se sentía más cansado de lo normal. Su hermano mayor, Thomas, conde de Swindon, decidió tomar su escaño en el Parlamento, por lo que le cedió a él la administración total de sus empresas e inversiones, las cuales eran numerosas y demandaban todo su tiempo.

Los hermanos Croft siempre actuaron como equipo cuando se trataba del título. Durante casi tres décadas, Alec fue el repuesto del condado —término duro pero cierto— y aprendió todo lo necesario junto a Thomas, pues su «ilustre» progenitor solo les dejó deudas y ruina.

Cuando llegaron a la adultez, su hermano mayor tomó el camino de las inversiones, y él se hizo cargo de las tierras que habían saneado a lo largo de los años. Todo eso fue posible gracias a los cuidados, amor y protección de su padre adoptivo, Michael Martin, duque de Hastings.

Con el matrimonio de Thomas, la llegada de su heredero y los nuevos horizontes políticos, se invirtieron los papeles a la situación actual. Alec se convirtió en un hombre de negocios y su hermano se hizo cargo de las tierras.

Alec debía reconocer que le gustaba más su nueva ocupación.

Ganaba más dinero de lo que podía gastar, adquiría todo tipo de conocimientos, viajaba por todo el país y eso le daba una sensación de ser libre...

Pero...

En toda historia siempre había un pero.

No sentía satisfacción. Nada de lo que tenía era enteramente suyo.

Y aquello lo llevó a la única conclusión lógica: era tiempo de formar su propia familia.

¿El problema?

El cansancio, los viajes, su carácter que tendía a no tolerar estupideces, su vivir errante. Todos esos elementos eran propicios para no conocer a ninguna señorita en particular. Ni en el sentido literal ni en el bíblico. A él no le importaba el orden de los factores, solo el producto.

Alec se restregó la cara, desordenando su densa barba oscura. Dios, extrañaba el sentido bíblico.

Sacudió ese lujurioso pensamiento y amonestó con la mirada esa erección matutina que se alzaba rebelde, ya había decidido guardarse hasta que llegara la mujer correcta. Nunca se sabía si alguna seductora viuda ya portaba una enfermedad venérea. Y él apreciaba mucho su salud y su vida.

—Necesito unas semanas libres. —Soltó el aire de sus pulmones—. Levántate, demonio. Tienes que trabajar.



Veinte minutos después ya se encontraba revisando la correspondencia. El remitente de la primera carta de la pila era lord Lauder. Alec arqueó sus cejas, no esperaba una respuesta de parte de él. Desde hacía un año, que se le veía al viejo conde interesado en invertir en la empresa de ferrocarriles que él estaba emprendiendo junto con su cuñada, Bernie. Sin embargo, debido al escándalo de lord Strout y lord Denman, que perdieron su fortuna —y sus vidas— en una inversión de ese tipo, lord Lauder no se decidía.

Y tampoco ayudaba su apellido, pues lord Lauder fue engañado en una apuesta de cartas por el progenitor de Alec, incidente que ocurrió hacía más de veinticinco años. Cada vez que podía, el

conde se lo restregaba en la cara a modo de burla, pero a él no le provocaba ni una pizca de gracia. Le daba la sensación de que el viejo no confiaba en él solo por la sangre que corría por sus venas.

No obstante, Alec esbozó una sonrisa. Tuvo un buen presentimiento, rasgó el sobre y desplegó la carta

Lauder, 23 de agosto de 1844.

Estimado señor Croft:

Espero que se encuentre de buena salud al momento de recibir esta misiva. Le cuento que hace dos días tengo en mis manos los documentos que usted tan amablemente me ha enviado, y los he estado estudiando a consciencia, empero todo suena como si me estuviera hablando en griego.

Alec se refregó la cara y soltó un resoplido.

—Pero si escribí el informe como para que lo entendiera un niño de tres años. ¿Por qué los viejos no se enteran de nada por todos los santos?

Se vio tentado de mandar a lord Lauder al demonio, pero mejor seguía leyendo.

Sin embargo, la suerte estuvo de su lado, mi estimado señor. Justo ese día vino a visitarme lord Bamburgh, quien es un poco más joven que yo y mucho más avezado en este tipo de cosas, los revisó y me dijo que, en apariencia, todo estaba en orden.

Y aquí viene lo bueno, quedó interesado en el negocio.

Si quiere ganar dos inversionistas, más vale que traiga su trasero a Bamburgh y nos termine de convencer.

Es más, lord Bamburgh le extiende la invitación a pasar las fiestas del fin del verano que organiza para el pueblo, son una serie de eventos de entretenimiento y que culminan el día 21 con un gran baile donde está invitada toda la comunidad. ¿Quién sabe si termina casado?, las muchachas de esta localidad son de buen ver.

La sonrisa lobuna de Alec se esparció en su cara. Ya los tenía.

Aparte de esta invitación, lord Bamburgh me encomendó la tarea de consultarle si en la Academia Hope tienen disponible a una institutriz. Se requiere que domine tanto temas académi-

cos, como de etiqueta y buenas costumbres. Es para la hija de él, tiene catorce años, pero ya están pensando en prepararla para su presentación en sociedad, mas lady Bamburgh no tiene familiares que puedan realizar esa tarea tan crucial. Cuando Bamburgh me comentó su dilema, no dudé en recomendarle a alguna señorita que estudió en la Academia Hope, hasta estos lados llega la buena reputación de la institución que su tía y madre encabezan. Y, para ser más preciso, hasta aquí ha llegado también la reputación de una de sus exalumnas, la señorita Lavinia Expósito, quien preparó a las hijas de lord Hawick con muy buenos resultados. Ahora la mayor es lady Langholm y la menor, lady Shap .

Lord Bamburgh ha tratado de contactar a la señorita Expósito, pero ha sido imposible, y como fue alumna de la Academia Hope, puede que ahí sepan más de ella, o quizás tengan una candidata que posea la misma reputación y capacidades que se esperan de una institutriz.

Bien, las fiestas del fin del verano comienzan en una semana, confío en que traiga a la señorita Expósito con usted o con una candidata apta para que mi amigo pueda entrevistarla. Lord Bamburgh lo estará esperando en Bamburgh Castle. Es imposible perderse. Cuando se esté acercando con el carruaje al pueblo, el castillo será lo primero que sus ojos verán.

Atentamente.

Lord Lauder

Alec tuvo la sensación de que no podía rehusar la invitación. Necesitaba inversionistas, y si llevaba a la persona adecuada, sumaría puntos a su favor.

Tenía una semana para encontrar a la famosa señorita Expósito, más le valía empezar en ese mismo momento.

Se levantó, tenía que ir a la Academia Hope.



Tres días después, Lavinia caminaba por Friar Street pretendiendo que sus nervios no la estaban destrozando. Un incipiente dolor en la mandíbula le recordaba que debía cambiar su expresión al llegar.

Esa mañana el sol brilló por su ausencia, se notaba que el verano se estaba alejando. Extrañaba el calor seco de su tierra. En Inglaterra siempre hacía frío, no se le podía llamar verano a esos meses donde solo había un poco más de sol, que apenas entibiaba el alma.

Cruzó Great Surrey Street y llegó a su destino. Miró de soslayo la placa de bronce que rezaba: «Academia Femenina Hope, fundada en 1819». Inspiró profundo, movió la cabeza para relajar su cuello y se secó el sudor de las manos.

Quiso encomendarse a Dios, mas reprimió el impulso. Hacía mucho tiempo que perdió su camino.

Tomó la aldaba y llamó a la puerta.

Soltó el aire por la boca.

Al escuchar que la puerta se abría, compuso una sonrisa amable. Se encontró con una cara conocida, se trataba de la gobernanta de la academia, la señora Waters, quien le sonreía de vuelta. La bienvenida al único lugar que podía considerar un hogar.

—Señorita Expósito, qué alegría verla.

—Lo mismo digo, señora Waters.

La sonrisa de la gobernanta se amplió. Se dieron un cálido y largo abrazo. Se distanciaron tan solo un poco y la señora Waters comentó:

—Su acento desapareció, parece tan inglesa como yo, querida.

Lavinia no reprimió el ademán de alzar su barbilla, orgullosa.

—Adaptarse era imperativo... y así evito que me miren extraño.

—Eso no cambia. —La señorita Expósito de por sí llamaba la atención cuando hablaba su idioma nativo, el español, y si a eso se le agregaban sus facciones indefinibles y su atuendo de un riguroso luto, ella se volvía inolvidable—. Perdone mis modales, pase, pase. La directora la espera...

Lavinia traspasó el umbral de la puerta. El aroma familiar de ese lugar la llenó de serenidad, la que necesitaba para dar un paso más.

Siguió a la señora Waters hasta llegar a la oficina de la directora de la academia. En pocos segundos, ya estaba estrechando la mano de la señora Laura Witney y se brindaban sendas sonrisas.

Lavinia inició la conversación y dijo:

—Felicidades por su matrimonio, señora Witney... Le deseo la mayor de las dichas.

—Muchas gracias, señorita Expósito. Siéntese, por favor. Estaba a punto de tomar té, ¿me acompaña?

—Me encantaría.

Laura no alcanzó a llamar a la señora Waters, la gobernanta justo golpeó la puerta y entró con una taza de té.

—Supuse que la señorita Expósito la acompañaría. Nunca rechaza un buen té. —Puso la taza sobre la mesa.

—Gracias, señora Waters —dijeron Laura y Lavinia al unísono. La gobernanta asintió y se retiró.

Cuando se encontraron a solas, Laura no evitó repetir el comentario de la señora Waters.

—Vaya, ahora que lo noto su acento desapareció. Nadie podría adivinar que no es inglesa.

Lavinia sonrió, que la señora Witney lo señalara era la mayor confirmación de su logro, el cual tenía un alto costo; poco a poco estaba olvidando su propio idioma y cómo sonaba su nombre.

Laura sirvió el té, tomó el lechero y Lavinia dijo:

—Sin leche, por favor.

—¿Sin leche? —La miró como si aquello fuera inverosímil, en Inglaterra el té se debía tomar con leche.

Lavinia repuso:

—Digamos que no soy tan inglesa como mi acento aparenta. Siempre he tomado el té sin leche. —Se encogió de hombros—. Pero no me molesta si le pone dos terrones de azúcar.

Laura hizo lo que Lavinia le pidió y le acercó la taza.

—Muchas gracias, señora Witney. —Revolvió el té con fáciles ademanes, moviendo la cuchara hacia adelante y atrás. Una, dos, tres veces y, sin hacer ruido, la dejó sobre el platillo. Bebió un sorbo y sonrió—. Delicioso.

Laura la observaba. Lavinia era toda una celebridad en la Academia Hope. Llegó a mediados de 1838 como una inmigrante que mendigaba en las calles y que apenas balbuceaba el inglés. Estuvo a punto de ir a la cárcel por casi matar a un sujeto que intentó violarla. El juez que la absolvió la llevó a la Academia Hope.

Ese juez era Frank Smith, marqués de Somerton, conocido en el medio judicial como Amudiel, un Heredero del Diablo. Primo de Laura.

En esa época, Laura ni siquiera era maestra de la academia, por lo que conoció la historia de Lavinia a través de los testimonios de Marian, su prima y quien la precedió como directora; Grace, una amiga y exmaestra de música y etiqueta; y la misma señora Waters.

Sin embargo, la leyenda de Lavinia dejó de serlo cuando la conoció. La mujer solía realizar visitas anuales a la academia para dar cuenta de sus avances, o por medio de sus cartas para informar que había un puesto de trabajo disponible para alguna de las alumnas de la institución. Era su forma de retribuir lo aprendido.

Y vaya que aprendió. Durante los dos años que duró su estada en la Academia Hope, Lavinia se dedicó a perfeccionar el inglés, así como el francés e italiano. Estudió todas las materias que se impartían —sin importar si le iban a ser útiles o no—, y, en sus pocos ratos libres, adquiría otros conocimientos más mundanos como leer columnas de cotilleos. Su objetivo era poder desenvolverse en cualquier puesto de trabajo, desde sirvienta hasta dama de compañía.

Por ello, su carrera laboral partió por todo lo alto en la casa del conde de Hawick, y logró preparar a sus hijas para el mercado matrimonial con sumo éxito.

Laura bebió un sorbo de su té, y luego sonrió antes de decir:

—Usted es el vivo ejemplo de que la buena suerte no llega sola, se cultiva. Si no fuera porque nos mantiene al tanto de su paradero, no habríamos podido contactarla.

Parsimoniosa, Lavinia bebió más té. Se tomaba su tiempo, cada movimiento era premeditado. Solo así pudo mantenerse como institutriz de lord Hawick. Al principio dudaban de su capacidad por su origen desconocido, todos los días debía extinguir esas dudas.

—Puede que tenga razón. —«Una buena institutriz debe ser humilde y modesta», se repetía una y otra vez—. Volví a Londres porque mi trabajo terminó con lord Hawick. Mis alumnas ya son mujeres casadas. —«Una buena institutriz solo habla lo justo de sus amos»—. Pese a que tengo una excelente carta de recomendación, no me servía de mucho en el norte. La capital tiene mejores opciones laborales.

—Justamente por eso la hemos estado buscando. ¿Conoce a lord Lauder?

Lavinia asintió y respondió:

—El conde es amigo de lord Hawick, suele visitarlo en los veranos. —«Una buena institutriz no debe ser ni muy seria ni muy bromista»—. Es muy simpático tiene interesantes anécdotas, aunque no sé si sea cierto que combatió junto con el duque de Wellington.

Laura convino alzando una irónica ceja, y repuso:

—Al parecer, demasiada gente luchó al lado del duque. Solo mi tío Andrew admite que, pese a haber estado en Waterloo, nunca lo conoció en persona. —Bebió té... ¿Cómo era posible que Lavinia lo tomara sin leche?—. En fin, usted ha dejado una buena impresión en él y ha recomendado sus servicios a lord Bamburgh, quien desea entrevistarla para un puesto de trabajo.

Lavinia frunció el ceño, extrañada.

—¿Lord Bamburgh? No lo conozco.

—Es otro amigo de lord Lauder. Es un barón y vive en un pueblo del mismo nombre que su título. Que no la engañe el rango, esa baronía es una de las más antiguas de Inglaterra y, de hecho, su propiedad es un castillo que fue un importante fuerte normando. Lord Bamburgh tiene una hija de catorce años y quiere prepararla desde ya para su presentación en sociedad. Hasta el momento, la reputación del barón es impecable, de lo contrario, ni siquiera la habría llamado. Dígame, ¿le interesa ir a la entrevista?

La sonrisa de Lavinia fue elocuente. Y reafirmó su respuesta cuando dijo:

—Por supuesto... Vaya, pensé que tendría que esperar hasta la próxima temporada para encontrar alguna buena opción de trabajo.

—Excelente... —Bebió un sorbo de té, y luego agregó—: No obstante, le debo comentar que no viajará sola a Bamburgh.

A Lavinia no le gustó como sonaron esas palabras. «Una buena institutriz no demuestra emociones negativas». Inexpresiva, preguntó:

—¿Iré a la entrevista con otra candidata de la academia?

—No, usted es la única candidata. Mi hermano mayor, el señor Alec Croft, tiene negocios que atender con lord Bamburgh, por lo que él la escoltará. —La expresión neutra de Lavinia se desdibujó. Laura lo notó y añadió—: ¿Conoce a mi hermano?

Lavinia maldijo para sus adentros. Titubeó. Por largos segundos se quedó en silencio, mas Laura no la presionó. A la postre repuso:

—La verdad es que lo he visto de lejos... Pero me bastó solo eso para sentir miedo.

Laura, preocupada por aquella declaración, preguntó con cautela:

—¿Mi hermano hizo algo que la incomodara?

Lavinia abrió los ojos, dándose cuenta de que su declaración podía ser malinterpretada y repuso:

—No, no, no, no es eso... El señor Croft tiene una apariencia muy severa... Y... Y su voz es como si estuviera enfadado todo el tiempo.

Laura soltó el aire de sus pulmones, aliviada, y explicó:

—Oh, era eso. Es solo la primera impresión que él da, señorita Expósito. En realidad, mi hermano es un hombre muy cortés y su carácter es más amable de lo que aparenta... Yo creo que por eso no se ha casado, su cara y tono de voz no colaboran, parece un oso hambriento. —Aquel comentario cambió la expresión de Lavinia. Sus labios luchaban por no soltar una carcajada. Laura lo notó y añadió—: Ríase con confianza de mi hermano. Se lo ha buscado.

La carcajada alegre y cristalina de Lavinia llenó la estancia. A Laura no le pareció vulgar, sino todo lo contrario, en esa voz había una viveza pura y, por qué no, cierta elegancia.

Ahora que lo pensaba mejor, el pasado de Lavinia era un misterio. Lo único que sabían era que no tenía familiares vivos, poseía estudios elementales como aritmética, leer y escribir —en español—, y que provenía de Chile. Un país situado en el extremo sur del continente americano, en el mismo fin del mundo.

Eso explicaba la apariencia de la mujer que parecía estar en el punto medio de todo; no era blanca, pero tampoco morena; su cabello negro era rizado, mas diferente al africano; sus ojos grandes, oscuros e insondables; la nariz recta, a punto de ser demasiado grande para su rostro; y labios gruesos que eran considerados poco atractivos.

Aquellas facciones eran el resultado de siglos de mestizaje entre españoles, indígenas y africanos. Lavinia estaba muy lejos de tener ese aspecto pálido, casi enfermizo que ansiaban alcanzar las inglesas. Una moda ridícula si le preguntaban a ella.

Laura volvió al momento y agregó:

—Deberán partir el viernes. El tren sale a las seis de la mañana desde la estación de Euston. Como queda bastante lejos, mi

hermano vendrá a buscarla aquí, a las cinco de la mañana. Para su seguridad, le ofrezco la opción de pernoctar en la academia para que no esté transitando sola por Londres a esas horas. No se preocupe por los gastos de traslado, ya están cubiertos. ¿Tiene alguna duda?

—Ninguna, señora Witney. Solo espero que me vaya bien en la entrevista. Menos mal que tengo pocas pertenencias y puedo ir a cualquier parte sin mucha preparación. —«Mi vida entera cabe en un baúl», pensó con acritud.

—Perfecto. Entonces la esperamos el jueves, a la hora de la cena. La señora Waters la recibirá.

—Aquí estaré. —Inspiró profundo. Tras un breve silencio, dijo con un tono de nostalgia—: Ha cambiado mucho este lugar... ¿Cómo ha estado lord Somerton?

Laura sonrió y respondió:

—Felizmente casado, es el padre de cuatro hermosos hijos.

—Me alegra mucho por él. —Se levantó. Su taza quedó medio vacía. «Una buena institutriz no debe estar muy hambrienta ni muy satisfecha»—. Envíele mis saludos cuando le escriba.

—En su nombre lo haré .

Se estrecharon las manos con firmeza y se ofrecieron amables sonrisas de despedida.



Cuando Lavinia entró en la habitación que alquilaba en Fleet Street, soltó un resoplido y se apoyó en la puerta, cerrándola en el proceso. A lo largo de los últimos siete años, cada acción, cada palabra, cada conversación ridícula y banal la acercó a su objetivo.

Miró el baúl que estaba a los pies de su cama.

Se arrodilló ante él y lo abrió. Removió la poca ropa hasta llegar al fondo y sacó un dossier.

No fue una simple exageración que su vida cabía en ese baúl. De hecho, para ser más precisa, estaba toda en ese dossier que abría, ceremoniosa.

Unos viejos documentos doblados pero legibles y, sobre todo, legítimos. Tomó el más importante y lo leyó:

—Catalina del Carmen Adams Riquelme... —Tensó sus

mandíbulas para no llorar, mas fue inútil, sus ojos se llenaron de lágrimas. Cada cierto tiempo leía su nombre en su certificado de nacimiento. No quería olvidar cómo sonaba en español. Miró al cielo. Se tocó el pecho. Bajo su ropa sintió la forma del anillo de su madre—. *Abuelo, tu Catrala va a lograrlo. Lo último que verá ese maldito antes de morir, será a una Riquelme.*